



## Recorridos urbanos y maternidad en *Aloma*, de Mercè Rodoreda

Eva Jersonsky<sup>1</sup>

Universidad de Buenos Aires

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

evajersonsky@gmail.com

**Resumen:** En el presente trabajo nos concentraremos en una de las primeras novelas de la autora catalana Mercè Rodoreda. La maternidad en esta obra no se materializa como tal, es decir, no se presenta la tradicional escena de relación entre la madre y su hija/o, sino que es una idea que se encuentra presente permanentemente desde la relación que entabla la protagonista, Aloma, con su sobrino, hasta el embarazo que se desarrolla en el cuerpo de la joven en el desenlace. Estos roles maternales por los que navegará la muchacha irán acompañados de recorridos por las calles de Barcelona, espacio que, en principio, le ofrecerá una libertad que el hogar familiar sofoca, pero que, al mismo tiempo, vuelve a colocarla en el espacio que se le asigna a su género tradicionalmente: como ama de casa, subordinada al hombre y encargada de la crianza de los niños. En este cruce de recorridos y roles es que intentaremos ver cómo la autora nos invita a reflexionar sobre la tensión entre hogar y ciudad, el rol del sujeto femenino en ambos y la disociación que se produce en la mujer frente a la perspectiva de compartir su cuerpo y su vida con otro ser humano.

**Palabras clave:** Maternidad – Rodoreda – Barcelona – Ciudad – Género

**Abstract:** The focus of this paper will be one of the first novels of the Catalan author Mercè Rodoreda. Motherhood in this work does not materialize as such, that is to say, the traditional scene between mother and daughter or son it is not presented, it is a thought that presents itself constantly from the relationship that the protagonist, Aloma, builds with her nephew, up to the pregnancy that develops in the young woman's body in the final chapters. This motherly roles that the girl encounters will be accompanied by itineraries through the streets of Barcelona, a space that, initially, will offer the freedom that the home denies; however, at the same time, it places her again in the box assigned traditionally to her role: housewife, subordinated to the man and in charge of the children. In this intersection between itineraries and roles we will try to observe how the author invites us to reflect on the tension between home and city, the female subject's role in both, and woman's dissociation in front of the perspective of sharing her life and body with another human being.

**Key words:** Motherhood – Rodoreda – Barcelona – City – Gender

---

<sup>1</sup> **Eva Jersonsky** es Licenciada y Profesora en Letras, egresada de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente cursa sus estudios de doctorado en la misma universidad con el apoyo de una beca doctoral de CONICET. Su área de especialización es la literatura española contemporánea y su proyecto de investigación gira en torno al cruce entre género y nación en tres autoras: Ana María Matute, Carmen Laforet y Mercè Rodoreda.



## V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

En esta oportunidad, nos centraremos en la construcción de la maternidad en *Aloma* (1938, reescrita en 1968 y republicada en 1969), de Mercè Rodoreda. Esta se verá atravesada constantemente por la cuestión reproductiva y los problemas que conlleva la posibilidad de ser madre, presentando este rol como intrínsecamente contradictorio y ambiguo. En esta obra se pondrá en duda permanentemente el modelo tradicional familiar y el destino inexorable de la mujer que tendría que ocupar un determinado lugar en él. La maternidad ya no será la experiencia vital que define al sujeto femenino como tal y se cuestionará el ideal de madre, en el cual se excluye todo atisbo de deseo sexual.

La idea de ser madre recorre todo el relato de formas sutiles y elusivas. En esta, nunca se dará lugar en la diégesis al momento que comparten madre e hija/o, pero el narrador y los personajes harán referencia constantemente al rol de madre, el embarazo o los futuros hijos, por eso la denominamos una “maternidad imaginada”. La maternidad aparece como algo que se instala de forma conflictiva en la protagonista, despojada de la materialidad del hijo/a. Por un lado, esto abrirá las posibilidades del cuerpo de la protagonista en relación a su entorno doméstico y urbano y le permitirá llevar adelante ciertos recorridos; esta figuración de la criatura extenderá los límites tanto espaciales como de la imaginación de esta muchacha. Por otro lado, permitirá una ruptura de la categorización binaria de madre o no madre, presentando un “entre”, un proceso de constitución no finalizado; esto le da lugar en el relato de la futura madre a una potencialidad y no a un rol fijo y único. Esta falta de concreción aparece junto a una vacilación constante: no solamente se visibilizarán las contradicciones de la maternidad, sino también las ambivalencias que tiñen algunos binomios que funcionan como etiquetas para los sujetos femeninos (fértil/infértil o perdida/decente, por ejemplo) y, al mismo tiempo, algunos espacios: las calles de la ciudad y el hogar familiar, principalmente. De diversas formas, el hogar y el amor se construyen a partir de elementos y sentimientos encontrados: reproducción y muerte, deseo y rechazo.



Aloma es una muchacha que pasa casi toda su vida dentro de su casa realizando tareas domésticas, no encontramos en ella un rechazo particular de la maternidad en sí. Todo el rechazo que ella siente por la situación del embarazo tiene que ver con el hecho de que ella se ha metido en un problema dejándose llevar por sus pasiones y tendrá que criar sola a su hijo; de hecho, durante gran parte de la novela, se presenta a la muchacha ocupando un rol maternal muy importante en relación a su sobrino, Dani.

Aloma es una muchacha que se convierte en amante, una parte de una relación oculta. No obstante, este ocultamiento no es consecuencia de prohibiciones o tabúes, la relación entre Aloma y Robert, su cuñado, podría ser tolerada e incluso deseada por su círculo familiar y social. En este sentido, el conflicto que deriva en secreto parte de la atracción física y de la unión sexual que sustentan esta relación. Ni Robert ni Aloma parecen tener intenciones de sostener un cortejo y un noviazgo tradicionales, por lo que sus encuentros se producen alejados de la vista de todos. El fundamental componente sexual que los une es precisamente lo que la separa a ella del rol maternal que cumple con su sobrino. La idea de que maternidad y sexualidad no pueden convivir en el sujeto femenino se encuentra en la base misma de su construcción. De esto se desprenden las consiguientes culpas, alejamientos y la separación final: la Aloma futura madre no puede al mismo tiempo sostener la relación que mantenía con Robert, que concluye con su partida final.

Por su parte, Aloma se aleja de la posibilidad del matrimonio y sigue sus deseos de establecer otro tipo de conexión a pesar de los mandatos que le han inculcado. Sin embargo, la existencia de su sobrino y de –posteriormente– una futura criatura creciendo en su interior la retrotraen de nuevo a estos. En este caso, en su rol de madre, la cual no puede seguir sus propios deseos, especialmente si estos son de índole sexual. Ella reitera su rechazo por el amor, amor romántico como expresión de cumplimiento de este destino femenino. Ya en el principio leemos: “-¡Me asquea el amor!” (11). Esta frase abre la novela e instala el tono que la recorrerá, incluso en los



breves momentos apasionados de la relación entre Aloma y Robert hasta la ruptura final:

–¡Márchate!– le dijo bajito. Robert la abrazó con tanta fuerza que le hizo daño. “Qué asco, el amor”. Hubiera querido que al día siguiente la encontrasen muerta en el medio de la calle. Le entró un mareo. Cada vez se sentía más prisionera, más dominada (133).

El amor romántico se transforma en una prisión que refuerza el sometimiento de la madre a la ley del padre y, por lo tanto, a sus deseos, los cuales pasan a ocupar el lugar de los del sujeto femenino. Su relación con Robert es un pozo, una cárcel, es todo aquello de lo que ella quiere escapar, es la perspectiva de una unión (que ni siquiera es tal porque nunca se presenta la posibilidad del matrimonio) que rechaza y sobre la cual le advirtieron hasta en sueños: “–No pienso casarme” (27), dice la protagonista luego de una noche en la que “Había soñado con el gato. Resucitaba y le decía: ‘No te dejes engañar; no te cases’” (27); incluso una vecina le dice: “–Créeme, Aloma, no te cases” (57). Luego de todo esto, no podemos negar que Aloma es una muchacha que no tiene ningún interés en seguir los pasos que le han marcado, aunque no sepa bien cómo. En su relato, la pasión y las fantasías amorosas van siendo desplazadas por otras figuraciones: las de la maternidad por venir.

Se pueden mencionar dos situaciones críticas para el cuerpo de la muchacha: su primera experiencia sexual y el embarazo. En ambas, la protagonista intenta establecer una conexión con su cuerpo en un tiempo diferido (la mañana luego del acto sexual, el embarazo ya avanzado). En la mañana mencionada, se dice de Aloma: “Cuando se hizo de día y se encontró sola en la cama sintió lástima de sí misma. Se pasó una mano por el vientre, por el hombro... Se tocó los labios doloridos” (93). No solamente aparece un elemento ya mencionado (el sentimiento de culpa por la satisfacción del deseo sexual), sino que también se lee una expresión que vaticina lo que vendrá y que se repetirá más adelante: la mano sobre el vientre. Además, se explicita lo que produce esta unión: dolor. Cuando Robert se marcha y ya se



ha revelado que Aloma está embarazada, la imagen se repite: “Aloma se pasó la mano por el vientre” (145). En las cavilaciones que se desencadenan hacia el final de la obra, donde la figuración del hijo/a futuro/a se pone en movimiento y *la* pone en movimiento, la muchacha también sufre en su cuerpo los vaivenes de la vida y la muerte: “No, no se moriría. Andaría de la mano del hijo por sendas oscuras que no habría visto nunca. Él hablaría, le haría preguntas y ella no sabría qué contestarle. Por dentro ya estaría muerta” (146). El cuerpo de la mujer debe existir para nutrir a la criatura, pero al mismo tiempo debe morir para que esa criatura viva o, al menos, una parte de ella debe morir para que la parte-madre viva: “veía nuevamente las oscuras sendas, y sintió en su mano la mano pequeña de su hijo. Tenía que saber dominarse; no pensar en lo que había ocurrido ni en lo que vendría porque si estaba enferma el hijo también estaría enfermo” (147-148). Se reestablece la conexión entre Aloma y su cuerpo a través de su futuro/a hijo/a, un hijo/a aún inexistente como unidad separada, pero constantemente imaginado.

Ella constantemente pasa de un estado a otro, de la necesidad de morir a la necesidad de vivir:

Aloma se pasó la mano por el vientre. Sentía una especie de orgullo. No, no era orgullo, era otra cosa, no sabía qué, que le daba fuerzas. Tantos trances le habían enseñado a ser valiente. La muerte de Dani, sobre todo. Y aquella sensación, cada día más honda, de tener la obligación de vivir. Se apoyó en la pared para no caerse: tendría que acostumbrarse a sentirse mal (145).

Y luego se pregunta: “¿Es posible que no vean que me estoy muriendo?” (148). De la vida a la muerte, llega a un extremo luego de la partida de Robert, llena de remordimientos:

Se miró las manos: eran las manos de una persona muerta. Ella no podría querer nunca más a nadie. Detestaba el amor. Hubiera querido morir, no haber nacido. “Tal vez me moriré, y el pequeño conmigo. Mejor. Si pudiese dormirme para siempre...”. No diría quién era el padre aunque la matasen. Callaría. No había hecho otra cosa: callar. Disimular (150-151).



En *Aloma*, la fantasía se sustenta en el presente embarazo, pero la construcción concreta de su futuro/a hijo/a es pura imaginación y/o deseo:

Soy yo. Era una niña... Sólo importa el hijo, siempre ha sido así: nacen y lo borran todo. Yo ya no soy nadie. Será valiente y será un hombre. Lo veré crecer y yo quedaré atrás, apagada... Y cuando me muera seré vieja y él ya tendrá hijos (156).

En esta obra hay una fuerte conexión entre la maternidad imaginada y el espacio, ya que los hogares y los recorridos que la protagonista realice por las calles de Barcelona irán acompañando este proceso de procreación. Junto a las maternidades y sus conflictos inherentes, los recorridos urbanos y los espacios domésticos se presentarán también como espacios problemáticos y ambivalentes. De un modo similar al que sucede con la maternidad y la esterilidad, los cuales no se constituyen como dos polos –uno negativo y uno positivo– sino como dos estados contradictorios y heterogéneos en sí mismos, los hogares y las calles también escaparan de la polarización, ofreciendo libertades y cadenas al mismo tiempo.

El relato de *Aloma* comienza en el espacio de la casa familiar y no casualmente expresa la soledad que la rodea: “el viento apenas movía las hierbas que nacían junto a las piedras y había un gran sosiego, como si cada día fuese domingo” (11). Esta descripción se ubica inmediatamente después de una de esas oportunidades donde *Aloma* expresa el asco que le produce el amor. El amor romántico sería, siguiendo esta línea, el que construye el hogar como un lugar de encierro. De hecho, como mencionamos con anterioridad, el sobrino, a pesar de todo el amor y devoción que ella siente por él, es uno de los factores que la mantiene en este espacio: “El ruido de la verja la sobresaltó: había salido a escondidas del niño y tuvo miedo de que la hubiese oído” (12). Este hogar familiar también se nos presenta como un espacio de reproducción recurrente y muerte. El gato que habíamos mencionado es la imagen de un felino que aparece en los alrededores de la casa en condiciones deplorables: “El gato continuaba teniendo el mismo aire de resignación y un parto seguía a otro parto”, “Se le pelaba la cola. Se le criaron postillas en las



orejas. Pero los gatitos lo esperaban impacientes y se abocaban a las ubres, pequeñas y exprimidas” (14). La gata pare una camada atrás de la otra hasta que es asesinada, justamente, mientras está pariendo. Este comienzo marcará también el tono del relato: el destino de la gestación, la degradación del cuerpo de la madre, la reproducción en los márgenes de la legitimidad, la muerte de la madre.

Aloma sentirá encierro y añoranza por su hogar, a veces al mismo tiempo, como le producía por momentos su amor pasional por Robert. A veces la siente como una cárcel: “El invierno había sido triste. Siempre encerrados en casa, sin nada para distraerse, sin que nunca pasase nada” (28), y a veces la extraña: “Ya tenía ganas de estar en casa. Siempre tenía ganas de salir y cuando hacía un rato que estaba fuera anhelaba volver a ella. Le gustaba muy poco la gente y todo la cansaba. Dani debía de echarla de menos” (40). Cuando podría entrar vida en el hogar, este debe cerrarse al exterior: “Cerró todas las ventanas y todos los postigos: si entraban chispas podría arder la casa. En su calle, tan solitaria siempre, había niños que corrían y gritaban” (88). Todos estos sentimientos encontrados la llevan a Aloma a buscar algo diferente en las calles de la ciudad: “Andaba calle abajo respirando el aire perfumado de tierra húmeda de los pequeños jardines de Sant Gervasi” (15), “Tomaría el tren en Gràcia para poder seguir respirando más tiempo aquel aire tan bueno del atardecer” (15), “Su cuñado llegaba aquella mañana y ella y Joan tenían que ir a esperarle. Vería el mar. Tanto tiempo sin ir, como si no existiera, siempre metida en casa” (33). Todos estos momentos le proporcionan a Aloma una especie de escape de su vida rutinaria y doméstica. Nuevamente, esto no significa que ella sienta solamente rechazo por su casa: “De pronto, como le había ocurrido ya otras veces, sintió una gran ternura por su casa” (80). En su interior se debaten ambos sentimientos, el que la lleva al exterior y el que la atrae de nuevo a su casa y su familia.

No obstante, es necesario mencionar que prácticamente todas las salidas a la ciudad que ella realiza no las hace sola, siempre está acompañada



por un hombre excepto para hacer diligencias domésticas (Nichols). Si la casa familiar es un espacio ambiguo y de sentimientos encontrados, las calles de la ciudad también serán espacios ambivalentes: representan un escape, pero no se deja de añorar la casa; son símbolos de libertad, pero no las puede recorrer sola o por sus propios deseos. La única salida que ella realiza en soledad tiene como objetivo comprar tela para unas cortinas para su cuarto, las cuales, finalmente, terminan destinándose al cuarto de Robert, es decir, ni siquiera ha salido para satisfacer sus propias necesidades. Lo único que tiene que ver con lo que realmente quiere que puede llegar a hacer en este recorrido es comprar un libro, e incluso esto debe hacerlo pensando en lo que dirán de ella, creando un hijo imaginario: “No llevo escrito en la frente que soy soltera; podría estar casada y, si lo estuviera, podría leer los libros que quisiese”, “La vendedora pensaría que tenía un niño y no le parecería extraño que comprase aquel libro” (19).

Hacia el final del relato, cuando se desencadenan todos los conflictos internos de Aloma a partir de su embarazo y aparece fuertemente esta figuración del niño, también se produce un cambio espacial muy importante. El hermano de la muchacha ha perdido la casa familiar por problemas de dinero y se ven obligados a mudarse a un piso. Este lugar, igual que en cierto sentido el embarazo y la futura criatura, representa una profundización de su encierro: “Ya habían encontrado piso: estaban en una calle estrecha y del lado en que las galerías no tenían sol; habría dado en los balcones si las casas de enfrente no hubieran sido tan altas” (135), “El jardín era lo que más pena le daría tener que abandonar. El piso tenía dos balcones y, en los balcones, las plantas no se dan bien” (147). La ya escasa vida que la acompañaba en el hogar familiar ni siquiera puede trasladarse con ella a su nuevo piso. Esta mudanza desencadena un final que combina los dos elementos que venimos analizando: un recorrido urbano que desemboca en la vuelta a la casa familiar. En esta salida sí está sola y sigue sus propios deseos, mientras que se ve envuelta por diversos pensamientos sobre el futuro de su embarazo: “Las cogió de repente y corrió escaleras abajo. Se paró sin aliento en el portal y el





## V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

aire de la calle la serenó. Empezaba a oscurecer y hacía fresco. Echó a andar poco a poco” (155), “Estaba llegando a su casa; inundada de ternura empezó a subir por la calle desierta. Abrió la verja. Había nacido en aquella casa y en ella había empezado a andar” (155), “Las calles estaban tranquilas” (158), “A lo lejos se oía el rumor sordo de la ciudad; muchachas que plantaban cara a la vida, sin sueños” (158). En este desenlace, Aloma, con una criatura en su vientre, vuelve a su origen y, desde este hogar primario, contempla una ciudad luminosa y tranquila llena de muchachas sin sueños, tal vez pensando en todas esas jóvenes que deben dejar morir algo en su interior para convertirse en madres o esposas subordinadas al deseo de otro, sin ninguna maternidad imaginada. Es necesaria esta vuelta a los orígenes para ubicarse en el espacio que, pese a sus contradicciones, ofrece mejores posibilidades: el final de Aloma en el relato se encuentra en las calles: “Y Aloma se perdió por las calles, como una sombra, en la noche que la acompañaba” (158).

Aloma es una madre potencial, está atravesada por una maternidad imaginada. Su hijo/a no toma forma fuera del vientre. Esta figuración de un/a niño/a futuro/a marca su vida, su cuerpo, sus espacios. Estos sueños hablan de su sexualidad, de sus deseos, de su constitución como objeto y sujeto. Las criaturas como posibilidades no son solo un cambio físico, hormonal; la existencia potencial de la descendencia es un proceso mental y emocional que involucra los aspectos más íntimos del sujeto femenino. Justamente, esta obra es la historia de un proceso, no es un relato de una madre y sus conflictos con hijos que han nacido y crecen a la par que ella envejece. Verdaderamente, esta figuración cruza límites, se encuentra en movimiento, cruza fronteras en el tiempo y en el espacio, envejece y rejuvenece. Este dinamismo repleto de contradicciones es el proceso de constitución de esta mujer y no solo como madre; o, precisamente, como no-madre, como algo que puede o será madre pero aún no lo es. Este movimiento es el que permite otra relación con el cuerpo, con el espacio doméstico, con los recorridos urbanos, con los hombres y con las mujeres. Es el que abre posibilidades, es –precisamente– una posibilidad en sí misma que no tiene



que alcanzar la materialidad, que no *debe* alcanzarla para resignificar la maternidad (o las maternidades).

### **Bibliografía**

Nichols, Geraldine. "A womb of one's own: Gender and its Discontents in Rodoreda". *Hispanic Research Journal* 9. 2 (2008): 129-146.

Rodoreda, Mercè. *Aloma*. Madrid: Alianza, 1982 [1969].